

# Una "Fierecilla" Rural

Luis Manuel Fernández

"Shakespeare, William, poeta y dramaturgo inglés cuyas obras sólo sirven en nuestro país para que los autores nacionales, en su eterna crisis creacional, puedan mantenerse en cartelera adaptándolas de una u otra forma, ya que lo mismo sirven para un bardo que para un fregado". (De un probable futuro diccionario literario chileno).

En realidad, el bardo de Stratford-on-Avon no puede jactarse de su buena fortuna en Chile en los últimos tiempos; probablemente ya estará resignado -qué remedio le queda- a que en nuestro país sus obras no pueden ser conocidas como él las concibió sino, siempre "según Cuadra", o "según Soto" o "según" quien estime conveniente "adaptarlas" -en forma libre, libérrima o como sea- y asociar así en las carteleras su criollo apellido al del insigne creador isabelino.

Así ocurrió en el Teatro Nacional de Chile, que montó *Las Alegres Comadres de Windsor...* según Fernando Cuadra. Y así ocurre ahora, cuando el grupo Teknos de la Universidad Técnica del Estado, presenta en el Teatro Camilo Henríquez "La Fierecilla Domada" en versión de Luis Soto Ramos.

Mientras tanto, no se divisa ni remotamente la posibilidad de que los dramaturgos locales estrenen obras propias.

Parece que es más fácil la "adaptación" de piezas de probada solidez teatral -que, por lo mismo, pueden resistir los embates de las "adaptaciones" sin sufrir menoscabos de mayor cuantía- que enfrentar el juicio de los espectadores con el mero producto del propio talento.

Luis Soto Ramos optó por acondicionar la trama de *La Fierecilla Domada* a un ambiente pueblerino rural del siglo pasado en la Zona Central chilena, reelaborando algunas situaciones, repitiendo otras de la comedia original y -con una intención declarada de apoyo al feminismo- invirtiendo los términos del desenlace.

El resultado de sus esfuerzos, contra las peores aprensiones de los más pesimistas, no es -ni mucho menos- tan desastroso como podrían suponer quienes piensan que dramaturgos de la talla de Shakespeare no necesitan que sus obras sean adaptadas por Soto ni por nadie- a situaciones costumbristas regionales para mantener su vigencia. Soto logró una comedia campesina bastante fluida con abundantes toques humorísticos que sólo hacia su mitad final empieza a decaer, perdida ya la agilidad inicial. Hay momentos, incluso, en que el espectador se engaña, creyendo que la representación llega a su fin... para desengañarse inmediatamente después al percatarse de que todavía falta mucho para el ansiado último telón.

La comedia, le quedó larga a Soto Ramos quizás porque mantuvo varios pasajes de los que pudo haber prescindido sin perder nada y hasta -quizás- ganando algo: rapidez, amenidad, interés...

El prólogo de esta versión "sainete musicado", lo denomina el programa -resulta perfectamente superfluo-. Las evoluciones de los actores en una media luz azul -verdosa, recitando juegos de palabras de dudoso humorismo mientras un miembro del elenco -Wenceslao Parada- lee una presentación rimada, no contienen nada que las justifique.

El primer acto es lo mejor de este montaje: combina en forma agradable y muy entretenida el humor, las observaciones agudas y los chistes de buena ley, pero a partir del segundo, el ritmo decae, los toques humorísticos empiezan a ralear o a repetirse y el calibre de los chistes se engruesa innecesariamente. El epílogo, a esas alturas, se acoje con un sentimiento de notable alivio, después de haber tenido que soportar la escena de la borrachera, insoportable en su majadera extensión- en tal sentido, podría decirse que resultó en extremo realista- y desagradable en su desenlace.

Probablemente, buena parte del mérito de esta Fierecilla recae en el director, Gustavo Meza, que le imprimió muchas de las características que convierten la obra en una aceptable comedia ligera; reforzado por un acompañamiento musical muy bien elegido y por canciones caricaturescas de factura asaz original y por una escenografía de Patricio Oróstegui- de grata simplicidad que se combina con una iluminación adecuada. El vestuario -de Sergio Ríos- está muy bien concebido y realizado. La coreografía de Miguel A. Sepúlveda es primaria, pero por lo demás los actores no son bailarines ni pretenden convertirse en tales.

Las interpretaciones individuales de los personajes siguen una línea uniformemente correcta, aunque destacan Jorge Boudón, como Hortensio y Gabriela Medina, como Doña Deidamia. Esta, especialmente, como la madre de la feroz Catalina, alcanza por momentos a los extremos de la excelencia interpretativa.

Un personaje grotesco, el de Carmela, la sordomuda esposa del rico del lugar, es representado con mucho acierto por María Teresa Herrera. En cambio, la viuda Lindauro, de Maité Fernández, pasa por altibajos marcados en general por una cierta rigidez.

El latifundista Don Mamustio (Adriano Castillo) no convence completamente: tiene aciertos aislados pero, en general constituye un personaje deslucido. Coca Guazzini como Blanca, la hermana de la Fierecilla, tiene un desempeño simpático y gracioso. No se puede decir lo mismo de Catalina, la irascible moza en cuyo contorno se desenvuelve la acción. Carolina Benítez sobreactúa hasta llegar incluso a sonar destemplada.

Patricio Villanueva en el papel del relamido rompecorazones campesino Lucencio hace reír de buena gana, especialmente cuando recurre a ciertos amaneramientos en la expresión corporal. Es una lástima que en sus parlamentos incluya detalles que recuerdan demasiado a Bigote Arroet.

El Perucho -el galán de la obra- a cargo de Osvaldo Lagos mantiene un nivel mediano de interpretación. En el rol de su padre, Juan Quezada hace gala de una mimica graciosa, que contrasta con la reposada dicción de Mario Montilles en el papel de su compadre y futuro suegro de Perucho. Montilles puede mencionarse como uno de los mejores miembros de este elenco, junto con Boudón y Gabriela Medina.



Una escena de "La Fierecilla Domada".